



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

Alberto ROMERO FERRER y David LOYOLA LÓPEZ (eds.) (2017), *Las musas errantes. Cultura literaria y exilio en la España de la primera mitad del siglo XIX*, Gijón, Ediciones Trea (Estudios Históricos La Olmeda, Colección Piedras Angulares), 310 pp.



El compuesto «exilio» y «España» evoca un amplio abanico de fechas, personalidades, lugares de desembarco, espectros ideológicos, miradas retrospectivas, estudios u obras clave de la historia de España. La diáspora más reciente para el caso peninsular, aquella que deriva de la trágica Guerra Civil y sobre la cual el grupo GEXEL ha publicado hace escasos meses el *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano* en cuatro volúmenes, nos da una idea de la vigencia y del tratamiento casi exponencial de un fenómeno que todavía plantea numerosos y apasionantes temas. Bien que el exilio ha sido tradicionalmente esbozado desde la trinchera política o la reflexión histórica, *Las musas errantes. Cultura literaria y exilio en la España de la primera mitad del siglo XIX*, edición de veintidós estudios coordinados por Alberto Romero Ferrer y David Loyola López, viene a suscribir desde una óptica literaria la actualidad de esta cuestión.

En puridad, este proyecto no puede gozar de más sentido: el tránsito del relativamente sosegado siglo XVIII al convulso siglo XIX, incide de pleno tanto en los distintos exilios que se dan fundamentalmente en su primer tercio, como en esa nueva manera de concebir la literatura que empieza ya a ser sinónimo de *belles-lettres*. Ahora bien, esta relación tan compleja y de implicaciones tan diversas ha de trascender

por fuerza cualquier abstracción invocada en su título, ha de ser errante, implica desarraigo. Es por este motivo que esta antología de textos rebasa lo estrictamente literario o filológico a pesar de que solamente a ello su título pudiese invitar. La suma de sus partes aporta al lector un conocimiento ciertamente más polifacético, cultural, acerca de cómo se vivió esta experiencia en un viaje a través de diferentes lugares, obras de distinto calado y un elenco de personalidades de relevancia desigual.

Romero Ferrer en su estudio introductorio deja constancia de varios aspectos definitorios de esta obra. En primer lugar, de la necesidad de proveer una visión panorámica de la vertiente literaria que complementa las coyunturas políticas, ideológicas o históricas que motivaron los distintos exilios decimonónicos. En segundo, de dar voz a una plétora de exiliados cuya producción y figura no franqueó el parnaso literario pero que claramente contribuyen con nuevas interpretaciones a la expresión vital del exilio. Por último, pero no por ello menos importante, ofrece una breve bibliografía comentada con títulos directa o indirectamente relacionados con el exilio dirigida a todo aquel que decida indagar más sobre aspectos vinculados a él.

Cinco secciones ordenan temáticamente los estudios presentados: dos configuradas alrededor de la marca geográfica del exilio («Entre España y Francia» y «Entre España e Inglaterra»); una de carácter representativo donde se examinan de cerca textos concretos («Representaciones de y desde el exilio»); una dedicada a las artes plásticas («Arte y exilio»); y, finalmente, una en la cual se da una visión retrospectiva y literaria a través de autores del mismo siglo XIX o del XX («Después del exilio»). Digamos algo de cada una de ellas.

En la dedicada a las relaciones entre España y Francia, las facetas políticas de Juan Antonio Llorente, Manuel Silvela, Félix José Reinoso o Jean-Baptiste Esménard, copan respectivamente los cuatro estudios. La contigüidad geográfica, las consecuencias de la Guerra de la Independencia, lo comúnmente referido como *afrancesamiento*, las Cortes de Cádiz o el Trienio Liberal, son circunstancias históricas que moldean el *pathos* de los exiliados en territorio francés e influyen en el desarrollo del pensamiento liberal español. Gérard Dufour proporciona todo tipo de detalles acerca del compromiso liberal de Llorente en Francia; Juan López Tabar trata una figura capital y poco leída del primer tercio que trasciende claramente el rótulo de exiliado: el primer Silvela, Manuel Silvela y García Aragón (abuelo de Manuel Silvela y de Le Vielleuze). López Tabar nos habla de su perfil intelectual, su estancia en Burdeos, además de recordarnos lo decisiva que fue su relación con Moratín, otro de los exiliados ilustres de este periodo. La vertiente del tratadista y bibliófilo andaluz, Félix José Reinoso, es la que emerge en el análisis que realiza José Alfredo Sánchez Álvarez tomando algunos textos de corte político que derivan de las Cortes de Cádiz. De entre estas cuatro figuras, la menos conocida sea quizás la de Esménard, coronel al servicio del Rey José que se dedica, tras su regreso a Francia, a la divulgación de la literatura española por medio de tratados y numerosas traducciones. En este estudio, Elisabel Larriba nos da jugosas anécdotas de su paso de militar a hispanista militante (quizás el primero de una futura, importantísima y brillante tradición de estudios hispánicos en Francia), de la visión de España en la política francesa o los comentarios de Moratín respecto a sus traducciones. Los trabajos ponen de manifiesto, una vez más, que la cuestión del exilio requiere una perspectiva transpirenaica.

Mientras que la política marcó fundamentalmente la relación entre Francia y España en sus primeras décadas, el fenómeno visto desde Inglaterra adquiere tintes marcadamente más literarios. Los dos primeros ensayos están dedicados a Trueba y Cossío, uno en torno a su primera obra teatral escrita en inglés, *The Exquisites*, a cargo de Elizabeth Amann, y otro acerca de *The Romance of History*, conjunto de veinticuatro narraciones de

corte historicista al más puro estilo romántico, donde Salvador García Castañeda diserta sobre sus aspectos más característicos. El tercer y cuarto estudio están dedicados a la figura de Valentín de Llanos Gutiérrez, así como a la influencia del exilio en Inglaterra plasmada en su obra política y en sus dos novelas *Sandoval* y *Don Esteban*. Ambas tratan temas castizos, pero al estar dirigidas a un público foráneo adquieren una configuración específica tal y como se demuestra en el trabajo de Eva María Flores Ruiz. El último ensayo de este apartado, de Victoriano Gaviño Rodríguez, indaga sobre José de Urcullu, el «oscuro emigrado español» en palabras de Vicente Llorens (p. 122). Aquí se presentan los antecedentes de esta enigmática figura, así como las sucesivas ediciones y contenidos de su popular manual de gramática inglesa. La importantísima labor como editor crítico y literario de Vicente Salvá en su exilio inglés durante 1825 y 1829 y luego en su dilatada estancia parisina entre 1830 y 1847, es el objeto de estudio de Germán Ramírez Aledón. Aunque la figura del editor ha quedado relegada en ocasiones injustamente a un plano residual, Ramírez Aledón nos deleita con un estudio incisivo sobre las inclinaciones literarias y relevancia de una actividad que, al cabo de pocos años y de la mano de Aribau y Rivadeneyra, gestaría la monumental *Biblioteca de Autores Españoles*.

El apartado de «Representaciones de y desde el exilio» se inaugura con un ensayo de David Loyola López acerca de otro editor, Rudolph Ackermann, y sobre la influencia de la coyuntura histórica en los seis *No me olvidas* que publicó entre 1824 y 1829. Bajo un membrete así, la evocación geográfica en la literatura no podía soslayarse. Es aquí donde se enmarca el trabajo de Marieta Cantos Casenave en el cual se profundiza sobre la naturaleza poética del destierro en textos de *El Español Constitucional*, los *Ocios de españoles* y los *No me olvidas* de Mora y Mendíbil. No se ha descuidado tampoco la representación del exiliado en las letras inglesas. Diego Saglia inspecciona las visiones foráneas del exiliado español en los textos de Thomas Carlyle, Samuel Taylor Coleridge o Felicia Hemans, autora de «The Forest Sanctuary». Bien que la Inglaterra o la Francia acogió el gran éxodo de su primer tercio, en menor medida África también fue refugio de personalidades menores pero singulares. Nettah Yoeli-Rimmer desempolva la figura de León López y Espila, liberal y musulmán que narra en *Los cristianos de Calomarde* su experiencia como exiliado en Marruecos.

Pascual Riesco Chueca abre la penúltima sección «Arte y exilio» con un texto sobre cómo incardinar la manifestación iconográfica del exiliado como *leitmotiv* durante el Romanticismo. Hallamos también en él un repaso de ámbito europeo de algunas pinturas clásicas y representativas de este mismo período. Este escrito se complementa con el de Luis Delgado Mata y la pintura de esos exiliados españoles que produjeron allende las fronteras; se incluye pues a Goya y a otras figuras raramente referidas por su faceta alternativa de pintor como es el caso de Ángel Saavedra, o algunas poco citadas a pesar de su excelsa producción. La música y su conexión con uno de los exiliados más estudiados, José María Blanco White, es el tema que aborda Tomás Garrido; su particular afición al violín, sus vínculos con la musicología o la asistencia a conciertos en la Inglaterra que le tocó vivir, son algunos de los suculentos pormenores que se presentan sobre esta figura señera.

Las artes no solo se cifran en producciones, sino en sus distintos modos de percibir las y es en esta línea donde tiene lugar el primer estudio de la última sección de *Las musas errantes*. El examen de Antonio Calvo Maturana nos acerca de nuevo a una figura que sigue despertando recelos y pasiones: Manuel Godoy. A través de reseñas decimonónicas de sus famosas *Memorias* por figuras como Alcalá Galiano o Mesonero Romanos, Calvo Maturana replantea ese intrincado nexo entre ideología política y estética. Los *Episodios Nacionales* siguen siendo un pozo sin fondo a la hora de comprender el espíritu secular de la historia española del siglo XIX. La emigración y destierro de los afrancesados, tema

recurrente en la segunda serie y que acontecen entre 1813 y 1834 deja entrever la ideología de Galdós como nos muestra Montserrat Amores. Los dos últimos trabajos nos sitúan en el siglo xx, en un éxodo diferente a los de la época fernandina, el exilio republicano. El primero de ellos esboza la figura de Luis Monguió que, en palabras de su autor, Juan Rodríguez, «es la menos recordada de aquella parte del exilio republicano» (p. 283). Además de los contactos mantenidos con personalidades como Fernández Montesinos o Rodríguez-Moñino, Monguió representa a ese exiliado cuya labor intelectual se centra en dos figuras del diecinueve que igualmente sufrieron de esa condición: José Joaquín de Mora y Eloy Perillán Buxó. Finalmente, José-Ramón López García, uno de los editores del *Diccionario* aludido al inicio de esta reseña, analiza el legado de Goya en la poesía de los transterrados. Las concomitancias y paralelismos con el patriotismo o los desastres de la Guerra que el genio de Fuendetodos plasmó en su obra, cobran de nuevo sentido para ahondar ahora sobre un presente fragmentado y un futuro incierto.

David-Félix FERNÁNDEZ DÍAZ